

# PANORAMA DIPLOMATICO DE AFRASIA

## I

**N**UESTROS lectores tienen que excusar que hayamos aceptado el vocablo «Afrasia», de contenido equívoco, para designar el conjunto terrestre formado por Africa, Asia y una buena parte del mundo del Pacífico. Más acertado hubiera sido «Asiáfrica», porque como decimos después, es Asia quien desempeña un papel más activo en ese conjunto, que de momento tiene poco de orgánico. En esto radica precisamente el equívoco. Después de la Conferencia de Bandung, muchos comentaristas nos presentan una visión del mundo llamado «de color», o por mejor decir, del africano y del asiático, como si existiera ya una aglutinación coherente y homogeneizada, encaminada a la evicción de Europa —es decir, de Euroamérica— de todas las tierras e islas orientales, subsaharianas, índicas y pacíficas, combinando los procedimientos diplomáticos con los más coercitivos. Nuestro parecer es diferente: Bandung, que no fué ni mucho menos un fracaso para sus convocadores y organizadores, reveló las enormes diferencias que subsisten y subsistirán durante mucho tiempo entre los países asiáticos y africanos; de tal peso que impedirán por el momento una acción común más decidida en contra del Occidente. Aunque no faltan excitadores procedentes de ese mismo Occidente y del coloso eurasiático enfrentado con él. Afrasia, que constituye por sus proporciones masivas en extensión y población la mayoría de la Humanidad y del Globo, aunque una mayoría atrasada y pobre, es, diplomáticamente hablando, un conjunto en proceso formativo, lo que no quiere decir que sean desdeñables los esfuerzos encaminados a darle vida. En Afrasia hay muchos sistemas diplomáticos de signo divergente que «coexisten» en el sentido más simple de la palabra, sin haber logrado eliminar los antagonismos internos ni las contradicciones de los problemas que se inter-

ponen cada vez que se trata de emprender una acción común. Detrás de esos antagonismos y contradicciones están los grandes poderes diplomáticos foráneos, ya occidentales —Estados Unidos, Reino Unido y hasta Francia en menor proporción—, ya el oriental —U. R. S. S.— atizando los impulsos que favorecen sus planes, y dificultando los que se oponen a ellos. Dentro totalmente de Afrasia no hay actualmente sino tres potencias de dimensión mundial, pero cuya situación presente no les permite aplicar todos sus recursos a la aglutinación del conjunto afrasiático bajo su dirección. Una, el Japón, porque sigue tascando a cada paso los frenos que su grave derrota le ha colocado desde 1945, sin que tampoco haya encontrado la fórmula para asociarse a la política de su vecina China, al menos en condiciones convenientes para él. La India, porque es un coloso con pies de barro, derivados de sus graves problemas internos que a diferencia de los del Japón no han sido creados o agravados sino en mínima parte desde fuera, puesto que son tradicionales en su milenaria historia. El tercer coloso, China, es el que más aceleradamente se está poniendo en condiciones de dirigir a los pueblos afrasiáticos, por el gran esfuerzo que suponen los planes emprendidos desde 1952; aunque en gran parte el «milagro comunista» es simplemente el de haber traído paz, orden y unidad a un inmenso escenario desgarrado exterior e interiormente desde 1911 a 1951. «Milagro» contrarrestado en parte por la rigidez dogmática y la drasticidad de métodos, típica de cualquier régimen bolchevique, que son capaces de anular en cualquier momento diplomático las ventajas del oportunismo sin los escrúpulos que frente a los principios del Derecho internacional clásico sienten y practican —aunque no exclusivamente— los dirigentes comunistas. Hay, además, en Afrasia, otros países de considerables proporciones, pero a los que son difíciles de acaudillar cualesquiera movimientos de envergadura dentro del área correspondiente. Así Pakistán, enzarzado desde su nacimiento en espinosos pleitos con la India y Afganistan, y suplantado de antemano por Egipto y Seudía en cualquier tentativa de organizar el mundo musulmán. Otro coloso, Indonesia, a duras penas se mantiene en pie, y ya tiene bastante con poder optar entre el papel de «segundo brillante» de la India o el de «tercero distinguido» de China. Las otras unidades políticas del área no poseen las cualidades masivas que se precisan hoy para intentar algún puesto directivo en el mundo. Y las constelaciones que pretenden potenciar las posi-

bilidades aisladas de sus componentes, uniéndolos, tampoco han dado el resultado apetecido: la Liga Árabe por la rivalidad surgida entre los Estados de los Pactos de Damasco —Egipto, Siria, Seudía— y los del de Bagdad, que por otra parte encierra elementos extraños —el Reino Unido— o dudosos como Turquía. La S. E. A. T. O. no ha sido puesta a prueba; diplomáticamente no tiene un programa positivo muy amplio, porque siendo sus objetivos de defensa anticomunista, y bastante heterogéneos sus componentes —tres de ellos foráneos— sería demasiado pretender que antes de los dos años y sin haber contrastado su eficacia ante alguna prueba seria, hubiese logrado crear un sistema de política internacional propio del conjunto.

## II

El lector habrá apreciado que hasta ahora nos hemos referido sólo a países asiáticos, salvo Egipto que en parte lo es. Y es que en Africa a diferencia de Asia, dominan los *territorios* en lugar de los *Estados*; y, además, territorios dependientes de cinco potencias europeas —una grande, otra mediana y tres pequeñas— que dirigen desde sus capitales metropolitanas la política común, inspirada más bien por sus objetivos e intereses extra-africanos. La única política exclusivamente africana que desarrollan aquellas metrópolis se circunscribe a la cooperación económico-social —por el estado de lo que hacen los miembros del «Plan Colombo»— y los proyectos de cooperación estratégica no pasan de eso, de planes. Hay ciertamente una potencia africana que a falta de recursos masivos posee el don de un desenvolvimiento industrial proporcionalmente solo superado dentro de Africa por el Japón. Nos referimos a la Unión Sudafricana; pero su drama como potencia regional radica, no en las trabas derivadas de la vinculación con su *ex-metrópoli*, lo suficientemente laxa y flexible para no impedir al Gobierno de Prètoria operar con criterio propio, sino en la oposición irreductible entre los ideales tenazmente perseguidos por ese gobierno y los de la mayoría de los pueblos asiáticos; de los cuales India y Pakistán mantienen agria querella con la Unión a propósito de los asiáticos de Natal. Si en el Africa Negra llegaran a existir Estados autóctonos, su antagonismo con la Unión sería aún más violento. Por su parte, la Federación de las Rhodesias y Nyassa,

parece balancearse moderadamente entre las políticas de Londres y Pretoria, pero coincidiendo en apartarse de cualquier bloque afrasiático: fué el único invitado a Bandung que declinó la asistencia.

De todos modos, como en Asia queda ya poco que dependa políticamente de Europa —y ese poco en evolución hacia el *selfgovernment* como se vé en el caso de Malaya, o hacia la ruptura de Europa como en el caso del Viet-Nam y por arrastre involuntario de Laos— será en Africa donde el bloque afrasiático podrá encontrar refuerzos. De ellos no ha mucho que uno ha dado estado internacional a su independencia —Sudán— y tres pugnan violentamente por conseguirlo, haciendo de su lucha uno de los motivos de antagonismo entre Afrasia y Europa: los tres países magribis, Túnez, Argelia y Marruecos, casi totalmente en manos de Francia pero —aparte de la presencia de España— con bases norteamericanas e interés británico. Esos refuerzos se orientarán forzosamente hacia la Liga Arabe, y aportarán a las deliberaciones del conjunto el ardor inevitable de todos los neófitos. Un ardor que encantarà a China y a la U. R. S. S., ansiosas de que desde la lejanía a donde no pueden llegar sus tentáculos, se les brinden posibilidades para ello.

### III

Y ahora veamos algo del *kaleidoscópico* panorama afrásico, producido por la interferencia de problemas, programas, situaciones y posiciones, en general cambiantes y de apariencias a veces engañosas. Empecemos por la parte roja de Afrasia, que forman la U. R. S. S. —en tanto que es potencia asiática a través de la R. S. F. S. R. y de las cinco repúblicas centroasiáticas de Kirguisia, Kasakia, Tayikia, Usbekia y Turkmemia— más China, Mongolia, Corea del Norte y Viet-Nam del Norte. Es un imponente conjunto, que mantiene la iniciativa antioccidental utilizandõ toda suerte de oportunidades: los armisticios incompletos y a medio cumplir de Corea y de Indochina, en donde el *statu quo* es de por sí inestable; las ansias de vivir del Japón; la guerra latente de Palestina; la situación explosiva del llamado Puchtunistán y de Cachemira; los más agudos conflictos raciales y sociales en el mosaico indio, como la «distribución étnica» de los antiguos Estados y la agitación de los obreros industriales; las in-

terminables luchas birmanas —rojos, amarillos y blancos contra gubernamentales, y *kaens* y *cachins* contra *shams* y birmanos—, y las no menos interminables de los disidentes indonésicos —«Dar-ul-Islam», sobre todo— vietnamitas y hasta filipinos, sin desdeñar a las reivindicaciones que ya se exteriorizaron en Bandung: Adén, Goa, Irián. Prometiendo lo insospechable, y alternando la sonrisa con el gesto agrio y, sobre todo, exhibiendo poder, impunidad, continuidad y homogeneidad, no es de extrañar que la parte roja de Afrasia, tenga eficaces medios para influir sobre un conjunto cuya mayoría no es roja. Pues los occidentales debieran haber rectificado ya sus estúpidas ilusiones sobre las divergencias entre Moscú y Pekín. Ciertamente hay dos comunismos no iguales, y en cierto modo excluyentes. Pero los respectivos equipos dirigentes han encontrado el modo de armonizar su mutua acción: el mérito parece sobre todo corresponder a Moscú como se ha visto en los casos de Corea y Puerto Arturo, y en la O. N. U.; en las pasadas conferencias de Ginebra, y como quizá se vea en Mongolia. De modo que para los resultados prácticos que al Occidente puedan interesar puede contarse con que seguirá la cooperación rusochina; los ingleses son en ésto consecuentes al cortejar a la vez a Moscú y a Pekín. Con la posible entrada de Pekín en la O. N. U., aquella cooperación se extenderá a las partes más periféricas del mundo afrásico. No será difícil que ese bloque se desborde por tierras indochinas y birmanas, y que atraiga a «neutrales» como Afganistán, Nepal e Indonesia. A costa de tremendos sacrificios internos, el poderío militar e industrial del bloque rojo tenderá a acentuarse en Asia, con detrimento de la seguridad occidental y de las inversiones e intercambios europeos y norteamericanos. En Africa, el influjo será menos: diversivo y de hostigamiento; con más infiltraciones subversivas y menos concentraciones militares en fronteras próximas. En resumen: el bloque rojo tiende a colorear a Afrasia.

#### IV

El segundo gran bloque, el neutralista, nos parece que no puede dar mucho más de sí que lo que ha dado ya, y desde luego no puede ser el conjunto que imponga a los dos grandes bloques mundiales el respecto a la paz. Los «cinco» de Colombo y Bandung son ya tres:

Bharat, Birmania e Indonesia. Ceylán está a medio camino, de vuelta hacia la cooperación con Occidente pues la colonización tamil y telugu es para ella una realidad incómoda, y la vecindad india en conjunto, más. Mientras que la huella europea es sólo un recuerdo útil. Pakistán busca en su inserción en los dos bloques occidentalistas de Bagdad y Manila la garantía de su supervivencia como Estado, amenazando con la secesión de la parte más poblada y rica —Bengala— y con la mutilación fronteriza del resto. Hay otros neutralismos perceptibles: Japón, Viet-Nam y el grupo de Damasco. Pero son neutralismos que escapan a los hilos movidos desde Nueva Delhi. Como «sembrador» de huracanes, Nerhu ha resultado eficaz; lo que cada vez se aleja más de su control, es el manejo de esas tormentas. Más aún: él o sus sucesores tendrán amargos y tardíos despertares.

Sin embargo, durante bastante tiempo, los neutralistas hindú-indonesios seguirán siendo útiles como precursores del bloque rojo y sobre todo producirán ecos allá donde las colonias hindúes forman quintas columnas sólo superadas en este aspecto por las colonias chinas existentes en otros países. De ahí que no carecieran de lógica las advertencias de Malán contra la política encaminada a producir en el Este de Africa una serie de Estado «nominalmente bantúes pero realmente hindúes», paralela a la creación en el Oeste de Africa de una serie de «Liberias». Mauricio y Filyi conocen lo que pueden llegar a ser los indios, como Malaya a los chinos: los más en las tierras de los menos. En el grupo musulmán de Africa, sito al Oeste del Indo corresponde principalmente al problema palestino la triste virtud de mantener a la vez unidos y divididos a los Estados regionales. Les une su aversión contra el «cuerpo extraño» de Israel, y como éste está sostenido por los EE. UU. y otros países occidentales dominados por los elementos sionistas, aquél les une también contra Occidente; pero les divide porque los que ven en un lógico primer plano la amenaza judía y en otro más lejano el peligro rojo, no quieren participar en las combinaciones que invierten el orden de gravedad de ambos problemas. Ya son pobres y débiles por naturaleza los Estados árabes, y aun sus vecinos como Turquía, pese al petróleo y el cromo. El antagonismo entre los grupos de Damasco y Bagdad esteriliza en gran parte los esfuerzos de la Liga que busca en compensación un campo de coincidencias en el Magrib. Por otra parte

varios de los miembros de la Liga conservan lazos directos de tipo bilateral con Estados occidentales de los que dependieron —Iraq, Jordania, Libia, y el mismo Egipto, con sus acuerdos de 1955 sobre Suez— y ello pesa en su restante actuación plerónica de contradicciones diplomáticas. El recién llegado al grupo, Sudán, ha desencantado los sueños de Egipto de «unidad del Valle del Nilo» y quiere hacer política exterior por su cuenta.

Los dos Estados no musulmanes e independientes que hay en Africa, Liberia y Etiopía, fueron unos espectadores bastante callados en Bandung. No estamos seguros de que los liberianos se sientan más felices o pesen más en el conjunto afrásico el día en que —si se realizan los programas en curso— Ghana (Costa de Oro) y Nigeria sean los primeros miembros negros del Commonwealth. Tampoco estamos seguros de que en 1960 la vecindad con una Somalia formalmente independiente beneficie a Etiopía más que su actual contacto con los fideicomisarios de la O. N. U. Y no creemos que si en Africa Oriental británica se crea un sistema parecido al de las Rhodesias y Nyassa, tal creación se oriente hacia Afrasia, aunque algunas de sus partes como Zanzíbar y Baganda lo desearían, porque habrá una inmovible clase dirigente blanca inclinada hacia el Occidente.

## V

Veamos quiénes forman el resto occidentalista de Afrasia. Hay miembros activos y miembros pasivos, y los segundos superan en extensión y población a los primeros, lo que ya indica mucho sobre la posición, sino falsa al menos inquietante, de los apoyos occidentales. Así, en el Lejano Oriente, Filipinas y Tai son dos buenos amigos del Occidente. Las primeras por su formación espiritual cristiana heredada de España, y por la ayuda y la protección que le prestan insustituiblemente los Estados Unidos. Tai tuvo la suerte de escapar al reparto del Asia monzónica, consumado antes de 1914, y le fué más fácil eliminar las suspicacias y los malos recuerdos, además de practicar una sabia política de neutralización de influencias extranjerías repartiendo entre técnicos y empresas de diferente origen los puestos y las concesiones de servicios públicos. Algo como lo que Etiopía está también practicando con buenos resultados desde 1945. Pero en

Tai el adversario está dentro, y desde luego si sus vecinos cayeran en la órbita roja, sería mucho esperar del pueblo siamés que por sí solo pudiera esquivar indefinidamente un destino semejante. También, ya lo hemos dicho, son bastantes occidentalistas Pakistán y en lo posible Ceylán. Salvado el momento difícil del bloqueo petrolífero, Irán se ha orientado hacia los menos peligrosos para él entre los grandes poderes: aquellos que no están tras una extensa frontera, sino con sólo el viejo y olvidado litigio de Bahrein. Iraq está en esa misma dirección, aunque no todos los iraqueños piensan como Nuri Said, queriendo prestar al Occidente el servicio realmente práctico de armonizar la defensa anticomunista con los objetivos del conjunto árabe. Por gustos e intereses el Líbano es un país occidentalista. Y por intereses, ya que es una creación de gentes venidas de Occidente, Israel quiere, pese a su estructura económica colectivista, destacarse del conjunto regional en el que está inserto, a fuer de país industrializado que desearía la paz con sus vecinos agropastorales para hacer buenos negocios a su costa, y que además precisa de los cordones umbilicales que le sostienen desde Nueva York y Londres.

Saltando a Africa, Libia es occidentalista con relación a los anglosajones: pero no lo es frente a los franceses. Occidentalista es por gratitud y por imperiosa necesidad, Liberia, y por supuesto que los Estados creados por los blancos en las tierras bantúes de las Rhodesias y Nyassa y en las del Sur del Vaal. Y a su modo Etiopía, agrandada con Eritrea y rodeada de musulmanes. Aquí se acaba la lista de los amigos activos del Occidente. No hemos mencionado a Laos porque su orientación está en peligro de cambiar como reflejo del giro seguido por la diplomacia de Camboya, país que salió el primero de la Unión Francesa, y que ahora se ha aproximado a China; y la del Viet-Nam, donde si Ngo Din Diem es atacado desde París —a quien ha hecho retirar sus fuerzas expedicionarias— no resulta tan malo para Washington, que no encuentra un sustituto más favorable a Europa. Sobre la orientación llena de paradojas y falta del sentido de la realidad de Corea del Sur, y sobre el siempre enigmático Japón, formulamos una obligada reserva; aunque es claro que no se prolongará mucho el actual e involuntario quietismo nipón por la presión de sus masas. La China insular de Taipeh no puede ser occidentalista, si ello supone trabajar en común con los países que como el Reino Unido laboran contra ella, siendo sólo un país anti-



comunismo limitadamente eficaz y complejo. En fin, Jordania ha hecho saltar no ha mucho al gobierno que quería llevarla hacia el campo occidental.

Los miembros pasivos del grupo occidentalista ocupan casi toda Africa y algunas porciones del Asia Meridional. Son los territorios dependientes, abiertamente levantados en el Magrib y en Malaya, y algún que otro rincón aislado como la sabana de Keña. Inquietos en otros lugares y fermentados en el resto, hay una diferencia entre los territorios dependientes sitos en la parte asiática del conjunto y los insertos en la africana. En Asia afloran las viejas formas culturales con la pretensión realizable de suplantar a las euroamericanas. En Africa sería exagerado hablar de unas culturas sudanesa y bantú equivalentes. Son pueblos que precisan la ensambladura europea y hasta la guía europea. Ello sitúa su futuro en una de estas direcciones: absorción cultural manejada por cuadros minoritarios indígenas operantes con autonomía interna, sin romper la posible vinculación mediante un sistema flexible con la ex metrópoli —como el «Commonwealth» respecto de Ghana y de Nigeria, o asimilación cultural con mestizaje e integración igualitaria, en un conjunto con la ex metrópoli— como Reunión y las provincias del Ultramar portugués. La necesidad de optar no es apremiante aún en extensas y ricas zonas como el Congo Belga y las dos Africas negras francesas —occidental y ecuatorial—; de modo que las respectivas políticas aplicadas, dando preferencia a las realizaciones económicas, sociales y administrativas, aún no han llegado a una decisión sobre las últimas consecuencias políticas. Pero está claro que sin mestizaje y con solo una yuxtaposición incómoda para los autóctonos, como en Argelia, ambas direcciones anteriores pueden ser igualmente impracticables, y el resultado previsible el más eruptivo; con daño para Europa y demás interesados. Quizá la desvinculación colonial seguida de vinculación postimperial sea útil en Malaya y el Norte de Borneo; lo dudamos respecto de una eventual agrupación de la Arabia británica. Disuelta la Unión holando-indonesica y en liquidación los Estados asociados de Indochina pensamos que los futuros de ésta y de Irián serán convulsos. La India también quiere que ello suceda en Goa; y nadie podría garantizar la conservación por Occidente de sus observatorios avanzados de Macao y Hong-Kong en la costa china. Lo que se puede predecir es que la evicción de Euroamérica de muchos te-

territorios dependientes, en lugar de ir acompañada de su emancipación podrá ser causa de un nuevo colonialismo, el rojo-amarillo, o hindú, más oneroso que el anterior como ya apuntó Kottelawala en Bandung.

## VI

Al llegar aquí nuestra ojeada del panorama afrásico, surge una pregunta lógica: ¿Tienen los pueblos que lo integran aspiraciones y necesidades comunes? Respecto a las primeras, los deseos naturales de independencia, satisfechos en la mayor parte de los pueblos asiáticos, van borrando entre las masas esa obsesión como anhelo primario antioccidental, y se van centrando sus ansias en muy precisas metas económicas, sociales y aun de política interior, respecto de las que no cabe siempre culpar al Occidente de la dificultad de conseguir las. En Africa, el deseo de independencia, prácticamente no pasa al sur del Sahara. Los anhelos de mayor autonomía admiten muy variadas gamas y matices conciliables. Más claras están las necesidades comunes al extenso conjunto de pueblos afrasiáticos. Todos éstos —salvando al Japón— son lo que se llama «underdevelopped» y precisan, por tanto, encontrar los medios más rápidos y menos onerosos, para desenvolver sus recursos naturales, haciendo llegar a los niveles de vida populares las consecuencias del progreso logrado. Para conseguirlo se les presentan varios caminos, y en la elección de ellos radica en buena parte el secreto del futuro papel que Afrasia desempeñará en los forcejeos diplomáticos mundiales, en los que su inclinación pudiera ser decisiva. Aquéllos ya han ensayado y no siempre desacertadamente el apelar a los recursos propios; pero si en ciertas materias primas, y en mano de obra, se autobastan y hasta se sobran, produciendo concurrencias perturbadoras, no son autosuficientes respecto del herramental industrial ni de los cuadros técnicos, ni del capital que ha de emplearse, como fondo inicial y de maniobra, al menos. Vistá esa insuficiencia, algunos vuelven sus ojos a China y la U. R. S. S., cuyas posibilidades están bastante inéditas, pese a la propaganda sobre los planes quinquenales acometidos en tales países; pues no es lo mismo un donativo aislado en una exhibición cacareada, que una asistencia continua y capaz. Otros países han mirado al Occidente mezclándolo en sus

combinaciones regionales —el Plan Colombo y los proyectos económicos de Bangkok y Bagdad—; o acudiendo a él directamente bajo pactos, generalmente bilaterales, de mutua ayuda, en los que los Estados Unidos vienen en cabeza con ocho en práctica, nueve en proyecto y tres en estado de oferta. Por su parte las metrópolis por su cuenta han elaborado grandes planes de fomento y desenvolvimiento, bien comunes a sus sistemas imperiales, bien particularizados en alguna dependencia. Sus cifras, realmente impresionantes, han sido combatidas bajo la aseveración —no del todo errónea— de que distribuyen con poca equidad las cargas y los beneficios entre autóctonos y metropolitanos, ya sean éstos simples colonos, burócratas o técnicos, ya se trate de empresas y compañías. Lo peor de estos planes es que al no alcanzar a los Estados independientes dejan vivo su descontento.

Queda a Afrasia otro camino, que pese a su idealidad teórica no ha sido practicado aún en gran escala. El recurso a la ayuda de los organismos especializada de la O. N. U. —especialmente la ampliación del «Punto IV» y del T. A. B.— que por su matiz internacional parece a cubierto de maniobras hegemónicas y unilaterales; pero esos organismos no tienen aún capacidad para atender a las ingentes necesidades de más de la mitad de la Humanidad; y dispuestos a esparcir suspicacias, los comunistas les suponen manejados por el capitalismo anglosajón.

## VII

De las anteriores reflexiones se desprende alguna conclusión clara sobre la evolución del conjunto afroasiático. Este tardará mucho en ser homogéneo y en saber hacer caer en las polémicas mundiales el peso de los recursos masivos de aquel «heartland». Occidente aún está a tiempo de conseguir ganar terreno, hasta inclinar a su favor a una buena parte de ese conjunto. Pero tiene que cambiar sus actuales criterios para conseguirlo. Ni el criterio de sacrificarlo todo al beneficio comercial inmediato, o al apuntalamiento del *statu quo* —practicados contumazmente por Francia e Inglaterra— ni la idea de mantener divididos y pasivos indefinidamente, según los casos, a los pueblos de Afrasia para mejor manejarlos, son practicables por mucho tiempo.

En cuanto al mundo comunista, tampoco podrá prolongar indefinidamente su posición cómoda de explotador de antagonismos y de formulador de promesas ilimitadas; pero aún puede beneficiarse de ambas tácticas. Los pueblos afrásicos, es decir sus minorías rectoras, tienen también que acreditar su sentido de la responsabilidad, al encaminar a las masas de sus conciudadanos en las tormentosas aguas del mundo actual. No debe extrañarnos que la profesión de «demagogo barato» pueda seguir floreciendo en Afrasia, cuando tan bien se da en la vieja Europa. Pero desde Occidente se puede estimular la acción de los gobernantes solventes, tratando con justicia a los pueblos afroasiáticos. Hay sobre todo errores contumazmente mantenidos, a ciencia de que lo son —pensamos en el ejemplo de Palestina— que nos hacen sentirnos inquietos respecto a la sagacidad de los estadistas de las grandes potencias occidentales, o a su valor para resistir ciertas presiones internas, enderezando el curso de acontecimientos inquietantes e inequívocos.

Desde España —país que no persigue fines egoístas ni exclusivistas frente a Afrasia, y que ha incorporado a su civilización elementos de dicho origen— se ven las cosas con bastante claridad, y se pueden formular advertencias, que aún serían útiles de seguir.

JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES